Confieso que he leído

TESTIMONIOS DE TREINTA ESCRITORAS EN TORNO A LA LECTURA

CONVERSACIONES CON
NADIA JIMÉNEZ

hachette
Actualidad

Lectores puros; para ellos la lectura no es sólo una práctica, sino una forma de vida.

RICARDO PIGLIA

Ángeles Mastretta

MÉXICO

Ángeles es reconocida por su enorme capacidad para hacer de lo cotidiano algo excepcional. Con ese encanto tan suyo, me obsequió hace algún tiempo la semilla de lo que hoy es una bonita amistad, y desde ese espacio, accedió a conversar conmigo sobre su relación con la lectura.

Ángeles querida, sabemos que tu vida gira alrededor de libros, textos, historias, narraciones, ¿podrías decirme qué ha significado la lectura en tu vida?

Una forma de vida. Pero no la única. Estar con quienes quiero es otra, pero la lectura es mi compañera, como es la tuya. Leo cuando ya no tengo a nadie que me escuche. Pero te lo digo y sé que muchas veces leo para escucharme.

Leo sobre todo ficción aunque hay ensayos que son ficción como *El infinito en un junco* de Irene Vallejo, que me tuvo muy contenta porque era un ensayo que estaba muy tocado por la ficción. La historia contada como ficción.

Tú me preguntarás, ¿y qué te regala la ficción? ¿Qué te regala leer a Stendhal, por ejemplo? Bueno, lo que yo aprendí del siglo XVII, XVIII y XIX en Italia, lo aprendí por Stendhal, un escritor francés enamorado de Italia. Yo creo que sé más de la Italia de entonces que de la Italia de hoy. La condesa Sanseverina y mi Fabricio del Dongo en *La Cartuja de Parma* me enseñaron cosas sobre un mundo que nunca vi, pero al que le tengo mucha lealtad. La

lectura te regala viajes a otros mundos y eso, no tienes con qué pagarlo.

Y quizá también por eso te vuelves muy amiga de tus escritores predilectos. Yo puedo decirte que quiero mucho a Isak Dinesen. Su nombre real es Karen Blixen, y me deslumbra su lenguaje y me apasiona su condición de mística que al tiempo es escéptica. ¿Cómo no querer esta amistad?

Recuerdo una vez que andaba yo promoviendo *Mal de amores* en Estados Unidos y le pregunté a la mujer que me acompañaba si había leído a Jane Austen y me respondió: "Sí, un poco". Yo le dije: "No sabes cómo se me antoja ser ella, me fascina lo que hace". "*Well*", me dijo, "*she is dead*". Como pidiéndome que no me preocupara, que no era una rival. Para mí, los escritores a los que leo y quiero, son también mis contemporáneos y me gusta viajar con ellos, quizá por eso me gusta tanto leer a los escritores de otros siglos, para viajar con ellos.

Y claro que se vuelven mis amigos. Isak Dinesen, la autora de los *Siete cuentos góticos*, de los *Cuentos de invierno* y de *Out of Africa* es mi amiga. Fui a su casa en Dinamarca, como quien se aparece de pronto a la puerta de una vecina muy querida.

Creo que mi género literario predilecto son las cartas. Ahí están las *Cartas de África* de Isak Dinesen publicadas por Alfaguara, o *Lejos de Cassandra*, las cartas de Jane Austen a Cassandra, su hermana.

Ángeles, ¿cuándo y cómo descubriste el poder de las palabras?

Nací en una familia que usaba las palabras con precisión y acierto. Mi mamá y su hermana tenían historias que conversaban con avidez y con regocijo. Mi papá escribía todas las semanas un artículo en el periódico y luego escribía muchas veces a solas. Lo que yo vi es que para él escribir era una cura. Era un alivio y, sobre todo, una diversión, un placer. Uno de sus escasos lujos. Eran todos buenos conversadores y cada uno tenía su estilo. Mis abuelos, mis tíos, mis primos. Saberse una buena historia y saber fraguarla, no necesariamente para escribirla, sino sencillamente para contarla se reconocía como un valor. A los niños nos hicieron crecer con gusto por las palabras. Mi papá, además, las escribía, siempre sentí que para darse cinco minutos de soledad.

Oír y contar historias era muy importante y las palabras eran la materia prima. ¡Y siguen siendo! En esta época jugar con mis nietos,

por ejemplo, es cosa de todos los días y para eso echo mano de las palabras, ayer nada menos fui una 'ola' y antes de ayer un 'acantilado'.

¡Qué maravilla, Ángeles! ¿Y recuerdas quién te acercó a la lectura y cómo fue?

Mi mamá leía como en un susurro. Imagino lo que habrá sido tener a sus cinco hijos, en silencio, oyéndola leer "*Il cuore*", *Corazón: diario de un niño* de Edmundo de Amicis. Teníamos el libro en italiano, y ella lo iba traduciendo mientras lo leía. Es un libro triste, pero leído por ella era una tragedia en re menor. ¿Sabes? Ese tono que suena suave. Cómo sufrí con las desgracias de esos niños. Sin embargo, cómo me hubiera gustado ser como mi prima Alicia, ella leía todo el tiempo. Hablaba poco y leía mucho. También mi hermana fue mejor lectora que yo. Porque yo era una lectora agazapada. Mi delicia era oír. Por eso quedé como volando cuando la maestra de segundo de secundaria nos puso a leer a sor Juana. Y cómo sonaban ahí las palabras. Cómo suenan. Leíamos la lírica de sor Juana Inés de la Cruz muchas veces sin entenderla del todo. Y yo me aprendía los sonetos que hasta la fecha digo cuando me urge sentirme bien. Ahí conocí el placer de las palabras, de la palabra escrita y de la poesía. Creo que ésos son mis principios, antes de los quince o diecisiete años. Luego ya leí la novela española del siglo antepasado. Leí a Pérez Galdós con enorme entusiasmo y hasta la fecha soy una relectora de sus novelas.

Después, en la universidad, tuve la suerte infinita, porque no sé cómo pagarla, de tener a escritores como maestros de la carrera de periodismo. Escritores que incluso me dijeron: "Tú lo que estás haciendo es ficción, no hagas periodismo, dedícate a la literatura. Tú escribe ficción, te encanta inventar, sigue inventando".

El caso es que esos escritores, entre ellos muy claramente Gustavo Sainz y Hugo Gutiérrez Vega, lo que me dieron fueron clases de literatura en sus clases de redacción periodística. Recuerdo que Gustavo Sainz era mucho más afecto a la literatura contemporánea. Y Gutiérrez Vega nos puso mucho en Flaubert, en Stendhal, en Tolstói y en Chéjov. Así fue que yo quedé lista para inventar lo que yo pudiera. O eso creí entonces. Ahora ya no puedo decir lo mismo. Cada vez me urge más contar lo que miro o quedarme en silencio.

Y más tarde que temprano, me encontré con Jane Austen. Yo creo que me encontré con ella hasta después de escribir *Arráncame la vida*

porque esa escritora no estaba en el aire en el que yo crecí y cuando la encontré, fue para mí la idea de que se puede hablar de la vida privada; de que tienes que darle la importancia que tiene, la condición crucial que tiene en la vida de cada quien; conocerla, tenerla cerca y contarla como un homenaje al esfuerzo diario que hace la gente común y corriente; la que no se suicida, la que no abraza las grandes causas y que, sin embargo, hace de su vida y la vida de los que lo rodean, una causa y me enseñó que lo más universal, es lo personal y que lo muy personal, enseña mundos.

Entendí, por ejemplo, que las *Mujeres de ojos grandes*, que escribí después de leer a Jane Austen, tuvieron éxito en países en donde no necesariamente tuvo éxito *Arráncame la vida*, porque para las mujeres de los pueblitos en Italia, aquellas mujeres en una ciudad chiquita como Puebla, se les parecían, lo mismo que en Holanda y, sin duda, en España y Argentina.

Ángeles, ¿hay algún libro que haya dejado huella en ti o que consideres haya cambiado el rumbo de tu vida?

Hay acontecimientos que te cambian la vida: como encontrarte a la pareja con la que vas a vivir muchos años o tener a cada hijo. Los libros te acompañan por todas estas etapas y en todo momento, pero ¿un solo libro? Elegir es abandonar. No me pongas en ese predicamento. Pero si has de ponerme, te confieso, que en mi escritorio, en una esquina del caos que puede llegar a ser, siempre está el tomo uno de las obras completas de la Sor. Siempre te puede regalar una palabra que junto a otra suene a un libro entero.

Habrá quien piense: qué pesada mujer ésta diciendo que la lírica de sor Juana le cambió la vida; pero lo cierto es que sí, me puso en el camino de decir, esto es muy bello y a mí me gustaría poder hacerlo. Quizá al inicio del camino dije eso, pero a la mitad dije, bueno, eso yo no lo voy a poder hacer, pero voy a ver qué sí puedo hacer.

¿Qué piensas de los círculos de lectura?

Me alegran mucho. El tuyo, por ejemplo, es emocionante. Cobija. Saber que hay cien personas que leyeron un libro al mismo tiempo y lo fueron conversando y al hablar de él, hablaron de sí mismos. Debería decir mismas, porque siempre hay más mujeres lectoras de ficción que hombres. Para mi fortuna. Y cuando conversamos por primera

vez yo estoy en desventaja, pues saben más de mí que yo de ellas. Y eso es lo hermoso de los círculos de lectura. Saber que hay alguien que nos oye. ¡Y verlas! Tú y yo tenemos en común la historia de una amiga del círculo, cuya vida cambió cuando al oír que yo tenía epilepsia, ella preguntó si podía llamarme. De esa conversación salió nuestro encuentro con un grupo de médicos que la sacaron de un abismo. Que pudieron hacer por ella lo que la ciencia no podía hacer cuando yo era joven.

Creo que por eso los escritores aceptamos ir a los clubes sin cobrar. Yo, te confieso, antes de la pandemia, oía que hablar gratis o dar conferencias gratis no era una buena idea, porque le quitas tiempo a lo que escribes para arreglarte e ir a no sé dónde, muchas veces tomar un avión y dormir fuera. Pero de pronto, está esta nueva posibilidad de encontrarte con tus lectores y de propiciar que te lean de otra manera y te sientan cerca. Eso hace que uno se diga, ¿cómo voy a cobrar por platicar con unas amigas a las que les debo una dosis de agradecimiento porque han estado tan cerca de mí? También creo que por eso los escritores vamos a las ferias del libro con gusto.

Pero siempre hay que hacerlo con humildad y cautela. El cariño cobija, pero no si se vuelve consentimiento, porque entonces se puede prestar a la autocomplacencia o al temor. ¿Qué tal si esto que hago ahora ya no les gusta y dejan de quererme? Hay que escribir oyéndose, no empeñada en ser leída. Lo que no quita para nada la alegría de encontrarse en un círculo de lectura.

Ángeles Mastretta nació en Puebla, México en 1949. Estudió Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, en la Ciudad de México. Tuvo la Beca del Centro Mexicano de escritores en 1973. Al terminar la universidad trabajó en radio, en televisión, dirigió el Museo Universitario del Chopo y fue directora de Difusión cultural en la UNAM. Desde entonces ha escrito y escribe en distintos periódicos y revistas. Actualmente escribe una columna mensual en la Revista *Nexos* y muchos párrafos sueltos en un anecdotario que escribe desde hace 20 años por si un día les interesa a sus nietos.

Ha publicado *Arráncame la vida* (1985), por la cual obtuvo en 1986 el Premio Mazatlán de literatura; *Mujeres de ojos grandes* (1990);

Puerto Libre (1993); *Mal de amores* (1996), por la que recibió el premio Rómulo Gallegos (1997); *El mundo iluminado* (1998); *Ninguna eternidad como la mía* (1999); *El cielo de los leones* (2003); *Maridos* (2007); *La emoción de las cosas* (2012); *El viento de las horas* (2015) y *Yo misma* (2019).

Sus obras han sido traducidas al italiano, alemán, francés, inglés, sueco, danés, holandés, griego, finlandés, turco, hebreo, portugués, coreano y chino. Sus libros están publicados en más de cincuenta países.